

FELIZ NORTE
Cuentos de Aimé Billion

Árpád Kun

Traducción de
Éva Cserhádi y José Miguel González



TROPO EDITORES

PRIMERA PARTE

Murieron, uno tras otro, mi abuelo, mi padre y mi madre. Las tres únicas personas con las que tenía algo en común. Fue necesaria su muerte para que mi vida comenzara de nuevo y me marchara de Benín.

Por aquel entonces, llevaba ya veinte años trabajando en el hospital francés de Cotonú como auxiliar de enfermería, y desde hacía algún tiempo, después de la jornada laboral y durante los fines de semana, echaba una mano a los misioneros de la Iglesia de Noruega, que habían huido de la guerra civil que assolaba Costa de Marfil desde hacía año y medio. Los acompañaba a las diferentes oficinas, en las que no se hubieran podido apañar sin conocimiento del terreno y chapurreando el francés, y me sentaba a su lado en las clases de Biblia y en el curso de labores domésticas. Traducía oraciones y acciones de gracias al francés, y también al fon, al yoruba y al mina, dependiendo de la gente que se reuniera en la misión. Me tomaba, como si fuera un auténtico noruego, seis u ocho tazones de su insípido café sin azúcar que me hacían pasar las noches en blanco; comía gofres con crema agria y mermelada o magdalenas de chocolate, que se me deshacían en la boca como dulce serrín. Me daba la impresión de que tenía la misma relación de trabajo con el jesucristo de estos luteranos que

con ellos mismos, y no se me ocurrió comprometerme con él. Los misioneros tampoco tenían especial intención en convertirme al cristianismo, seguramente contaban con que tarde o temprano me abriría al Evangelio de buen grado. Me trataban con cautela, aunque no sospechaban que mi abuelo era curandero, uno de esos que con un poco de ambición podría haber llegado a ser el martín luterero del vudú.

El edificio de la misión estaba lejos, en las afueras de un suburbio de Cotonú. Para llegar desde el hospital francés había que tomar el camino hacia Ouidah, por el que se tardaba media hora en coche. Durante los primeros días, los noruegos me llevaban a la ida y a la vuelta, pero cuando descubrieron que sabía conducir, la misión alquiló para mí un Volvo de la Embajada sueca.

En la ciudad, cada dos esquinas había puestos ambulantes de gasolina donde vendían combustible de contrabando de Nigeria en botellas de vidrio, en bidones de metal y en envases de plástico de diferentes tamaños. La primera tarde me paré al azar en uno de los puestos, en el cruce de caminos de Vedoko, y pedí que me llenaran el depósito con el contenido amarillento de dos grandes damajuanas de quince litros cada una. Durante los tres días siguientes, hasta que se me agotó la gasolina, no oí ningún ruido sospechoso, y no se me caló el coche ni una sola vez. Así que llegué a la conclusión de que el combustible no le había causado el menor daño al motor. Por eso, y a partir de entonces, cuando necesitaba repostar, en el viaje de ida o de vuelta a la misión bajaba la velocidad en el cruce de Vedoko hasta detenerme delante del mismo puesto y le pedía al vendedor que me echara el contenido de las mismas dos damajuanas de quince litros, aunque el amarillento y traslúcido líquido tuviera en cada ocasión un matiz diferente.

Un día, después de echar la gasolina, el vendedor devolvió las damajuanas vacías al tenderete y, como era habitual, con la

ayuda de un trapo ennegrecido por la mugre, limpió el combustible que se escapaba por la enroscadura del tapón y chorreaba por el lateral del coche. Cuando levantó la vista, de su satisfecho rostro surgió una mueca crispada. Tenía la mirada clavada en un turista blanco que acababa de bajar la cámara que llevaba colgada del cuello y hacía un gesto de disculpa, casi como una petición de permiso a posteriori. «¿Le importaría decirle que no vaya por aquí sacando fotos?». Comprendí la inquietud del vendedor. Aquellos días podía leerse en todos los periódicos que el Gobierno quería acabar de una vez por todas con la venta ilegal de combustible y amenazaba a los traficantes no sólo con una elevada multa, sino también con penas de prisión. Sin embargo, no entendí por qué tenía que ser precisamente yo quien advirtiera al turista. «Porque el hombre ha bajado de su coche», replicó el vendedor ante mi protesta. «No puede ser, vajo solo —dije disgustado—. Además, ese tío va en moto. ¿No ves que lleva casco?».

En Cotonú el casco se considera una anomalía, a pesar de que según el Reglamento de Tráfico de Benín su uso es obligatorio para todos los motoristas. Pero debido a su alto precio, a que le hierve a uno el cerebro hasta quedar hecho puré, y a que, además, es fácil de robar, no se ve en la cabeza de nadie. Justamente por eso el turista de la cámara, con el casco en la mano, era un espectáculo insólito.

El vendedor se tragó sus palabras porque no quería discutir conmigo, un cliente asiduo. No obstante, como ante una prueba material, señaló con el índice al lado opuesto del Volvo. La puerta posterior, en el lado del conductor, estaba abierta de par en par, como si alguien acabara de bajarse, estorbando así el paso del tráfico en el cruce.

No recordaba haberla tocado después de aparcar, así que pensé que se habría estropeado la cerradura y que se habría

abierto al coger un bache. De cualquier manera, corrí a cerrarla antes de que se estampara contra ella un escúter o se la llevara por delante un camión. Sólo cuando ya estaba sentado al volante conduciendo por la carretera general de Ouidah, tuve tiempo de reflexionar sobre el turista del casco que, aunque no se hubiera bajado de mi coche, me sonaba de algo. Con blancos sólo me trataba en el hospital, por eso examiné uno por uno a mis compañeros de la sección de Cirugía, donde había estado más veces destinado últimamente; después, repasé a los de Medicina Interna, Neurología, Otorrinolaringología y a los de todos los departamentos del edificio por los que solía pasar, pero entre las caras repasadas mentalmente no encontré la de aquella persona. Entonces pensé que podía ser uno de los antiguos voluntarios del hospital que habían regresado a su casa en el norte y que estaban ahora de visita. Como con casi nadie, tampoco con ellos había entablado relaciones muy estrechas, y por eso no tenía recuerdos personales de ninguno, a lo sumo eran para mí imágenes en el álbum del hospital, que tampoco había ojeado desde hacía años.

Al llegar a ese punto en mis cavilaciones, de repente caí en la cuenta de que —ay, mi buen Legba— aquel hombre era mi padre. Un hombre blanco entrado en años, de piel amarillenta y ojos rasgados. No lo había reconocido enseñada porque en la única foto que había visto de él en toda mi vida, la que estaba pegada en el álbum del hospital, sólo tenía veintitrés años.

De repente, me flaquearon las extremidades, apenas pude sujetar el volante y darle al acelerador. Intenté apartarme a un lado en el caos del tumultuoso tráfico que salía de la ciudad, los taxistas en moto me lanzaron juramentos a coro. Y los que tenían una bocina que aún sonaba me pitaron. Cuando por fin pude aparcar en el arcén, un minibús, que no tenía puertas, no

tuvo más remedio que maniobrar para esquivarme, pero al final me arreó un fuerte empujón en el parachoques.

Cuando unos minutos más tarde llegué al cruce de Vedoko y aparqué de nuevo ante su puesto, el vendedor de gasolina me dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Has visto por dónde se ha marchado el tío? —pregunté.

Durante un momento el vendedor no dijo nada, luego me contestó:

—Pero si ha vuelto a subir al coche cuando te has marchado, y ahora acaba de bajarse.

—¡¿Qué?!

—¡Míralo! ¡Allí va!

Miré en la dirección en que apuntaba. Allí iba mi padre. Allí iba de verdad, aunque en ese momento sólo me mostrara la espalda. Iba caminando, pero sin mirar por dónde. Andaba cabizbajo, manoseando la cámara colgada del cuello, y con el casco todavía en el brazo. Llevaba una camisa azul, deslucida, arremangada por encima de los codos, y pantalones de tela blanca con las perneras recogidas por debajo de las rodillas. Era de huesos finos, de estatura media y, como un *hippy*, llevaba el escaso pelo largo atado en una coleta con una goma elástica.

Me bajé del coche, pero no pude dar ni un paso. Como me temblaban las piernas, tuve que apoyar los codos sobre la puerta del coche para no desplomarme.

Al llegar a la primera esquina, mi padre dio la vuelta. Sin prisa, enfocó la lente de la cámara, nos sacó una foto y, después, como pidiendo permiso, esbozó una sonrisa. Tras fotografiarnos, echó a andar de vuelta hacia nosotros como si hubiera cambiado de idea y hubiera decidido no doblar la esquina. Se colgó la cámara del cuello. Cogió el casco, lo sujetó entre las manos y, sin detenerse, se lo puso con la visera

bajada. Continuó acercándose a nosotros con el casco en la cabeza, una sonrisa y pasos parsimoniosos, al principio algo vacilantes pero con creciente determinación.

Cuanto más se acercaba, más se hundía en el suelo, como si anduviera por un barrizal que no resistía su peso. Paso a paso desaparecieron sus pies, con las sandalias que llevaba puestas, y los tobillos desnudos fueron absorbidos por el rojo terreno ecuatorial. Mientras caminaba se fue hundiendo hasta el muslo, hasta la cintura, hasta el pecho. Cuando llegó a la altura del puesto de gasolina, ya sólo asomaba del suelo la cabeza con el casco, la tierra se lo tragó al momento con un gluglú profundo. Por un rato sentí la vorágine bajo mis pies, luego un temblor indefinido, cada vez más débil, y, al final, sólo el estremecimiento producido por el ensordecedor tráfico que pasaba a nuestro lado en el cruce. La calzada, que hacía un rato había formado remolinos lentos como el lodo, volvió a quedar inmóvil y lisa como antes.

Después de salir de su asombro, el vendedor se acuclilló con la intención de coger con la mano el casco hundido. Pero en vano palpó el suelo: no pudo meter los dedos porque ya había recuperado su solidez. Sobre una botella vacía junto a mis pies quedó impreso el reflejo de la sonrisa de mi padre, en la forma exacta en la que había asomado por debajo de la pantalla de plexiglás del casco, esa sonrisa con la que mi padre, aún muerto y convertido en fantasma que volvía a plena luz del día, pedía perdón por atreverse a existir. Su sonrisa me era familiar porque la había visto congelada sobre el rostro del médico en prácticas de veintitrés años, cuyo retrato aparecía en el álbum del hospital. Le arreé una buena patada a la botella, que desapareció rodando debajo del puesto.

Cinco días más tarde, con el depósito agotado, volví a parar ante el puesto de gasolina en el cruce de Vedoko. No vi

en el tenderete las dos damajuanas de quince litros que el vendedor solía echarme. El puesto tampoco era el viejo tablón de tamaño considerable que, apoyado en altos soportes de acero, exhibía toda clase de jarras, garrafas y bidones, sino que era una caja de frutas colocada al revés, sobre la que amarilleaban un par de botellas de Coca-Cola y unas miserables latas de conserva. No muy lejos de la caja había montones de añicos de vidrio tiznado y plástico quemado, como el cadáver de un extraño animal en descomposición. Alrededor del cadáver, en un círculo de varios metros, el suelo estaba chamuscado; el vendedor mismo estaba cubierto de quemaduras y a su lado, clavado en la tierra para espantar los maleficios, se alzaba un largo palo rematado por un manojo de espadaña, que ondeaba al viento.

Los yorubas tienen la costumbre de sentar a sus muertos cuando les desaparece el *rigor mortis*, para que puedan recibir a sus visitantes con dignidad. El vendedor descansaba cabizbajo en su estera como uno de esos mustios cadáveres de varios días, pero al verme resucitó. De repente cogió un trapo y un mechero, agarró por el cuello una botella de Coca-Cola llena de gasolina y se encaminó hacia mi coche arrastrando un pie. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle qué desgracia había destrozado su puesto, porque se puso enseguida a gritarme: «Que Sakpata te pegue la viruela, hijo del demonio, ¿cómo te atreves a asomar por aquí tu sucia jeta?».

Mientras, metió un trapo en la botella y giró la rueda del mechero un par de veces. Subí la ventanilla rápidamente, apreté bien fuerte el acelerador y salí pitando. El cóctel molotov que arrojó tras de mí no me alcanzó, estalló sobre el asfalto del cruce. Aun así, la fuerza de la explosión le pegó un buen empujón al Volvo por detrás. A mi lado, un mototaxista voló de su sillín, y un par de escúteres volcaron. Conduje a una

velocidad frenética, y sólo a varios kilómetros de allí me atreví a parar al borde de la carretera, cerca de un charco. Limpié las ventanillas del hollín provocado por la explosión, para que cuando entrara en el patio de la misión noruega el Volvo no tuviera pinta de haber llegado del mismísimo infierno.

No volví a acercarme al cruce de Vedoko, donde el vendedor de gasolina, que con toda certeza había sido anteriormente víctima de alguna explosión, había intentado volarme el coche. Ahora zigzagueaba por las calles laterales para tomar otra salida a la carretera de Ouidah.

En la siguiente ocasión llené el depósito en otro puesto. Al principio tuve la impresión de haber acertado con el nuevo vendedor, pero después de echar gasolina una segunda vez, nada más salir a la carretera, oí un ruido raro en el motor. «Mientras el coche no pegue sacudidas y avance suavemente, no hay razón para preocuparme», pensé. Y, en efecto, el ruido se fue reduciendo a medida que me acercaba a la misión y en el último tramo, de unos pocos kilómetros, sólo se oyó el monótono murmullo del motor.

Cuando, tras la dictadura marxista-leninista de Benín, los espíritus del vudú dejaron la clandestinidad, *madame* Betty, la mujer de uno de los vicealcaldes de Cotonú, se convirtió en una gran devota suya. Más tarde acabó dándose cuenta de que estos no correspondían a sus sentimientos con el mismo fervor que, con todo derecho, esperaba de ellos. Los espíritus se llevaban sus ofrendas detrás del altar con una amplia sonrisa, degollaban de un mordisco los gallos y las ovejas recibidas, les chupaban la sangre para poder cumplir los deseos de *madame* Betty, pero en general no daban abasto. No se podía contar con ellos porque eran demasiado inconstantes, a veces cumplían sus promesas y otras veces, no. El disgusto de *madame*

Betty se volvió indignación patente cuando su adorado hijo único se convirtió en esclavo de Mami Wata.

Mami Wata es una sirena dueña de los mares y las aguas, y vaga por el mundo montada en las olas. Es la única entre los espíritus africanos que tiene la piel clara. Le gusta mezclarse con gente blanca, y prefiere hacerles maldades a los negros. Un día subió nadando por el Sena y tras apartar las gabarras amarradas en Nanterre, cerca del campus universitario, emergió de las aguas en forma de bella estudiante mestiza. Sacó un espejo y varios potingues de la diminuta mochila que llevaba a la espalda, muy de moda en el París de aquel entonces, se retocó el maquillaje y se dirigió a la facultad de económicas de la universidad de Nanterre para asistir a una clase. Se pasó el tiempo tonteando con el hijo de *madame* Betty —que, a la sazón, era estudiante de esa carrera y estaba sentado a su lado— y lo hizo con tanta determinación que para el final de la clase lo tenía completamente cautivado. Una vez que lo tuvo embobado, no sólo no soltó al pobre, sino que logró que la llevara a cenar al restaurante Fouquet, en la avenida de los Campos Elíseos, y después a pasar la noche revolcándose entre las sábanas de seda del Hotel Lutetia. El joven estaba dispuesto a gastarse en ella toda la renta nacional de Benín si hiciera falta. Al enterarse, *madame* Betty rogó inútilmente a los espíritus que liberaran a su hijo de Mami Wata, pero ella no soltó al joven de sus garras palmeadas hasta que le hubo chupado toda la sangre y los sesos y arrancado la carne de los huesos. *Madame* Betty tuvo que viajar a París personalmente. Encontró a su hijo en un paso subterráneo en el que solía mendigar con un acordeón después de hacer cola junto a los demás *clochards* ante la iglesia de Saint Eustache para recibir un plato de sopa de cebolla y no morir de hambre. *Madame* Betty lo llevó de vuelta a Cotonú, y una vez en casa intentó despertarlo del

profundo aturdimiento en el que había caído preso por el desencanto amoroso y las drogas. Esta vez, *madame* Betty no se dirigió con sus ruegos a los espíritus del vudú, sino que encargó al obispo de Cotonú que oficiara una misa por la recuperación de su hijo. La indignación que sentía le había llevado a convertirse al catolicismo. Después de que su hijo recobrarla la salud y volviera a París, donde al final consiguió sacarse la carrera, *madame* Betty hizo las paces con los espíritus del vudú, pero sin perder la buena relación con el obispo. Sin embargo, el corazón de la mujer había quedado prendado de otra compañía, la de los misioneros noruegos, que hallaron refugio bajo sus alas protectoras.

El mismo día en el que el segundo vendedor de gasolina me llenó el depósito del Volvo, el coche del subprefecto y marido de *madame* Betty —en el que les había llevado a ella y a sus acompañantes a la misión, tras el curso de labores domésticas— no quiso ponerse en marcha. No sirvió absolutamente de nada darle al estártter, empujarlo... Nada pudo insuflarle vida al hermoso Citroën Picasso. El chófer llamó con el móvil a los demás hombres del subprefecto y quedaron en que al día siguiente remolcarían el Picasso a Cotonú y que él pasaría esa noche en el asiento trasero. *Madame* Betty y sus acompañantes hicieron el trayecto de vuelta en mi coche. *Madame* Betty y una amiga suya se sentaron junto a mí en el asiento delantero, las otras cinco señoras y jóvenes ocuparon los asientos traseros. Las siete mujeres tan pronto cantaban en yoruba, a pleno pulmón, el salmo evangélico que acababan de aprender, como se atropellaban hablando sin tomar aire sobre cómo debería ser el cuello y el ribete de un manto de bautismo que iban a coser como uniforme para las siguientes Pascuas, cuando todas ingresaran en la Iglesia de Noruega.

Sólo cuando bajaron en Cotonú y se hubo acabado la cháchara, volví a percatarme de un ruido de fondo. Lo percibía

claramente, en paralelo al murmullo del motor, mientras recorría las silenciosas calles nocturnas hasta el hospital francés, en cuyo aparcamiento, que estaba rodeado de alambre de espino, solía dejar de noche el Volvo.

Aparqué el coche, giré la llave, el motor enmudeció, pero el ruido de fondo siguió sonando. Para entonces ya no parecía venir del capó, sino de debajo mismo del coche. Había oído la historia de una culebra venenosa que, de noche, para calentarse, se había cobijado en el capó de un coche, y a la mañana siguiente, cuando el vehículo ya circulaba por la carretera a todo trapo, salió serpenteando por el cristal como un limpiaparabrisas viviente, para después entrar en el coche, ofendida porque la habían molestado, y cargarse al conductor de una mordedura. Así que pensé que algún animal habría podido meterse en la carrocería del Volvo, después de parar se habría bajado y ahora estaría escondido debajo del coche. Abrí la puerta con cautela, y al apearme traté de poner el pie lo más lejos posible del coche, para que el animal no pudiera pillar-me el tobillo. Sentí bajo mis pies la misma lenta vorágine de asfalto que había notado cuando desapareció la cabeza de mi padre con el casco junto al tenderete del vendedor de gasolina. Me tiré al suelo para echar un vistazo bajo el Volvo, pero sólo vi una sombra profunda. Con la oreja apoyada contra el suelo, escuchando en esta posición, percibí con nitidez que el ruido no llegaba desde donde había imaginado, sino desde debajo mismo de la tierra. Sabía que el chapoteo de las aguas residuales que salían del hospital por el canal no intentaba decirme nada, pero tampoco estaba seguro de si sería mi padre, corriendo en su moto, bajo tierra.

Esa noche, como todas las demás, debido a la habitual falta de electricidad, la ciudad se sumergió en una oscuridad absoluta. Las luces de la entrada principal del hospital y las de

la consulta del médico de guardia, que recibían la electricidad desde el grupo electrógeno del semisótano, titilaban como distantes estrellas y no iluminaban el aparcamiento. Junto a la salida, en un vacío barril de alquitrán, ardían trapos con petróleo; sus caprichosas llamas mecían las sombras de los coches. Para cuando me hube incorporado y me disponía a salir del aparcamiento, el estruendoso ruido subterráneo ya me había invadido y me martilleaba en los oídos, y apenas entendí lo que me dijo el guarda nocturno mientras me dejaba salir por la barrera.

Ya en casa, me dormí con los martilleos y me desperté también con ellos. En las calles, entre gritos y bocinazos, el día ya se había puesto en marcha. Junto a las vallas del aparcamiento pasó un mototaxi arrojando una densa humareda porque le faltaba el tubo de escape. Supuse que estaría armando un escándalo ensordecedor, pero por culpa de mi estruendo interno no percibía más que un zumbido de mosquito.

Salí del aparcamiento con el Volvo en dirección a la carretera de Ouidah. Esta vez no quería ir a la misión, sino continuar por el camino de la playa hasta allí, donde tenían su sede las nueve compañías secretas de los egunes.

La aparición de mi padre muerto se consideraba en Benín como una excepción sin par. Indicaba que su alma había llegado desde muy lejos, puesto que le importaba un bledo la etiqueta que debían respetar los espíritus visitantes del lugar. En Benín los muertos evitan dejarse ver en persona. Nunca vuelven a plena luz del día y aun de noche, como un tímido animal, mantienen una respetuosa distancia con los vivos. Los egunes desfilan en las grandes fiestas y bailan danzas giratorias en las marchas, ocupando el lugar de los tímidos antepasados. En estas ocasiones, por debajo de las coloridas telas adornadas con conchas y semejantes a las alfombras, que les

cubren de pies a cabeza, se filtra un sonido apagado de martilleos, calcado al que se me había asentado a mí en los oídos. Si los vivos tienen interés en saber qué les están diciendo desde el Más Allá, los egunes son capaces de traducir estos martilleos secos que los muertos ocultos pero presentes producen. Pensé que, en ese momento, tal vez yo también necesitara su traducción.

Cuanto más me alejaba de la ciudad por la carretera, más fuerte se volvía el martilleo. Al llegar al punto en el que solía desviarme hacia la misión, tuve que parar por culpa de las inaguantables punzadas en los oídos. Me los tapé con las manos intentando aplacar la presión interna.

«¡Para, padre, para!», grité con todas mis fuerzas, inclinado sobre el volante. En aquel momento no tenía la menor duda de que era él el que me estaba golpeando el tímpano como si fuera un timbal. Llevado por una idea repentina, di la vuelta hacia Cotonú. Apenas había conducido doscientos metros en dirección contraria a la misión cuando mi padre soltó la baqueta, y ya sólo marcaba el ritmo con la mano. Cuanto más me acercaba a la ciudad, más ligeros se volvían sus golpes sobre mis tímpanos. Una vez allí volví a sentir en los oídos los mismos martilleos de la mañana, y pese a que habían estado a punto de dejarme sordo, fue un alivio tremendo en comparación con el dolor infernal que había estado sufriendo antes.

En la rotonda de Cadjehoun el martilleo pareció decirme que no girara hacia el hospital, sino que continuara por la avenida Steinmetz. Obedecí y el martilleo se suavizó gradualmente hasta llegar a ser el canto de una cigarra. Al final del bulevar sonaba ya como una agradable melodía. A mano derecha se alzaba el edificio acristalado del consulado francés. No cabía la menor duda de que había llegado al lugar indicado. Cuando

apagué el motor, delante del edificio, mi padre ya sólo tamborileaba con los dedos en mis oídos; y al bajarme del Volvo y pisar el primer peldaño de la escalera del consulado, de pronto, el martilleo se detuvo para siempre.

Mi padre tenía pinta de hombre blanco, pese a que sólo lo era a medias. El otro color que se mezclaba en su piel no era el azabache, como en mi caso, sino el amarillo, que proporcionaba a su blancura un pálido matiz moreno. Al menos era así en la foto que había visto de él en el álbum del hospital. El pliegue que caía ligeramente sobre sus ojos rasgados delataba sin lugar a dudas su origen. Hijo de una vietnamita y de un comandante francés, había nacido en la tierra de su madre, no mucho antes del hundimiento de la Indochina francesa. Probablemente sabía ya manejar con habilidad los palillos cuando la familia tuvo que huir después de la aplastante derrota en Dien Bien Phu del Cuerpo Expedicionario Francés, la gloriosa legión extranjera para la que había luchado su padre contra el ejército popular vietnamita.

Sus padres se divorciaron en Francia. Y él quedó entre dos aguas. Su madre fue obligada a renunciar a él oficialmente, pero mi padre tampoco podía vivir con su padre, porque a su nueva mujer, que era incapaz de concebir un hijo —y lo intentó durante años—, nada le repugnaba más que su hijastro, cuya presencia le recordaba dolorosamente su esterilidad, el gran fracaso de su vida. Así que mi padre fue acogido por sus abuelos, que eran franceses, aunque no por mucho tiempo, ya que el aspecto de su nieto les recordaba que, desgraciadamente, no había nacido de una mujer francesa. Mi padre acabó en un internado militar, pero más tarde dejó sus estudios de oficial, y eligió la Medicina como carrera.

Sus parientes más cercanos no querían saber de él. A pesar de eso, como era un buen chico quería complacerlos. Procuró hacer todo lo posible para que no lo rechazaran, para que se les olvidara su defectuoso origen, y se comportaba de manera que no fuera una carga. Todos sus gestos, todas sus palabras dirigidas a ellos trasmitían lo mismo: que no se les ocurriera esforzar sus sentimientos en balde y no se afanasen en llegar a quererlo, ¡faltaría más!

Sus abuelos franceses vivían en Saint-Foy-la-Grande, una pequeña ciudad cerca de Burdeos, y eran descendientes de los pocos hugonotes que no habían sido masacrados y expulsados del país por los piadosos católicos franceses. Cuando su único nieto empezó el último curso en la Facultad de Medicina, sabían que no tardaría mucho en dejar la residencia de estudiantes y volver a casa con ellos, lo que no les parecía una perspectiva muy agradable. Por suerte, consiguieron mantenerlo lejos. Un amigo del abuelo, un médico de buena reputación, llevaba ya varios años trabajando en África. Era el médico jefe de una consulta en Cotonú, el centro administrativo de la excolonia francesa, que acababa de convertirse en Estado independiente bajo el nombre de Dahomey, como llamaban a Benín por aquel entonces. Durante una visita a Francia se vio con el abuelo, que le contó, meneando la cabeza en señal de desaprobación, que su nieto había heredado el carácter aventurero de los varones de la familia y que por eso quería hacer las prácticas profesionales en algún sitio lejano. El médico jefe se ofreció solícito a acoger al nieto en su consulta de Cotonú.

Mi padre cumplió contento lo que, según su abuelo, le resultaría útil en la vida. Tal vez hasta sintió alivio de poder ir tan lejos y convertirse en el último mono de la familia. Así llegó a Cotonú, donde conoció a mi madre.

En tiempos, mi abuelo materno fue un funcionario indígena enviado a Francia con una beca para estudiar Administración Pública, y tuvo una carrera profesional tan brillante en la Administración colonial que llegó a ser uno de los vicegobernadores de Dahomey. De haber seguido la carrera en la Administración habría podido llegar a ser el prefecto mayor de África Occidental, se habría convertido en uno de los diputados africanos de la Asamblea Nacional de Francia, junto al senegalés Léopold Sédar Senghor, y quizá un día habría sido el primer presidente del Dahomey independiente destituido por un golpe de Estado. Pero tras la muerte repentina de su mujer, se quitó la corbata y la camisa de cuello almidonado y abandonó su carrera para siempre. Por aquel entonces sólo era una suposición que mi abuela estuviera muerta, ya que su cadáver había desaparecido del ataúd sin dejar rastro. Había acabado allí voluntariamente para salvar a los bnokimos, el pueblo más apacible de la Tierra. Mi abuelo se hizo curandero para encontrarla, aunque fuera en el mundo de los muertos.

Así que cuando mi padre hacía sus prácticas profesionales, mi abuelo negro ya era curandero y vivía con su hija, mi madre, que justo entonces contrajo la fiebre amarilla.

Mi abuelo, en su calidad de curandero, fue el iniciado de Osaín, el espíritu médico que en los tiempos remotos sanaba tan bien a la gente que acudía a él que dejaba sin clientela a los demás curanderos, de modo que estos se pasaban el día rascándose la barriga. Al principio les invadió la sensación de inutilidad y se sumieron en una desesperación que finalmente acabó transformándose en rabia exasperada. Los curanderos tomaron las riendas del asunto, y se fueron todos juntos a quejarse de Osaín ante Legba, el espíritu del pensamiento, el segundo espíritu más poderoso después de Dios Inalcanzable. El sabio Legba escuchó sus quejas pacientemente y, después

de despedirlos, se zambulló en las aguas del Níger, puesto que le gustaba meditar sobre las cosas del mundo nadando o descansando con los codos apoyados sobre la espalda rugosa de los cocodrilos. Hizo dos veces la ruta de ida y vuelta por el gran río, desde el manantial hasta el océano, hasta concebir un plan para terminar con la insostenible situación. Esa misma noche prendió fuego a la cabaña donde dormía Osaín; la construcción se derrumbó devorada por las llamas. De debajo de las vigas ardientes salió Osaín, chamuscado y mutilado. Se quedó cojo, tuerto, manco y, debido al susto, perdió hasta la voz. A partir de entonces, cada vez que abría la boca sólo emitía unas voces irrisorias, parecidas al trino de los pájaros. Desde entonces la gente, ante sus achaques de cuerpo y alma, nunca más pudo acudir directamente a él, sino que tuvo que recurrir a la mediación de los curanderos del espíritu que, por consiguiente, volvieron a encontrar su sitio en el mundo. Gracias a la sabiduría de Legba, la gran armonía quedó restablecida, aunque la salud de los hombres se deterioró, puesto que entre los curanderos los había que hacían su trabajo con menos destreza y también los había con más talento. Mi abuelo, por lo que yo puedo juzgar, perteneció a estos últimos. De cualquier manera, al ver los síntomas de la enfermedad de mi madre, supo que no se había contagiado ni de paludismo ni de disentería, sino de fiebre amarilla.

Todos los espíritus del vudú son atraídos por alguna materia, es más, dependen de ella. A los espíritus menores les encanta chupar los sesos de los elefantes muertos o masticar hierba de mono, mientras que los más poderosos se vierten secretas gotas de narcótico en la lengua. Sin embargo, ambos disfrutan compartiendo su sustancia favorita con su curandero para que él también goce de su felicidad y tenga la capacidad de sanar. Osaín es el único que conoce todas

las sustancias medicinales. Ya que era iniciado de Osaín, mi abuelo sabía que no existía sustancia alguna que curara la fiebre amarilla. Pero como en sus tiempos de vicegobernador se había dedicado a organizar vacunaciones masivas, sabía muy bien que había una vacuna contra la enfermedad, aunque se le debiera haber aplicado a mi madre mucho antes.

Sin embargo, los primeros días no se preocupó, esperaba que el curso de la enfermedad fuera rápido e inocuo, como solía pasar con la mayoría de los enfermos con un organismo igual de fuerte. Sólo se asustó cuando al cuarto día la piel de mi madre se puso amarilla. En vano le dio de beber grandes cantidades de pociones purgativas y, más tarde, antiespasmódicas, rogando a la buena voluntad del espíritu guardián de cada poción; a mi madre le tembló el pulso y sintió un dolor punzante en los músculos agarrotados; al quinto día el blanco de los ojos se le volvió dorado como el del león, y entró en coma; al sexto empezó a chorrearle por la boca una baba negra como el alquitrán y ya ni por la fuerza aceptaba líquido alguno. Mi abuelo conocía perfectamente el posible desarrollo de la fiebre, por eso sabía que a mi madre le quedaban un par de días hasta la deshidratación y la hipotermia total.

Entonces, para frenar los vómitos, le puso un supositorio en el ano. La sustancia aplicada había sido elaborada a partir de una de las plantas secretas de Osaín, que sólo en cantidades pequeñas tenía un efecto antiemético. Después de ponerle el supositorio a su hija, mi abuelo se tomó una gran cantidad de la misma sustancia para tener acceso al mundo de los espíritus.

Muchos caminos llevan al mundo de los espíritus. Uno atraviesa la cortina del horizonte que ante los mortales —que siempre se acercan a ella sin alcanzarla jamás— se retira gradualmente revelando más y más paisajes nuevos, pero nunca

se abre por completo. Sólo los curanderos pueden descorrer la cortina de un tirón. Tras ella llegan al mundo de los espíritus.

Mi abuelo, como curandero cuyo cerebro había funcionado en el pasado a la manera europea, sabía que la causa de la fiebre amarilla era un patógeno viral. Habría podido actuar a la africana, siguiendo a la inversa el recorrido del virus hasta el origen del maleficio, y habría podido encontrar en el entorno de mi madre a la persona que, con la ayuda de alguno de los espíritus diminutos, había lanzado el contagioso mosquito portador en su trayectoria fatal. Pero despreció toda venganza surgida de la impotencia. Prefería poner a prueba su poder en el lugar donde los espíritus luchan cara a cara y no disfrazados de virus y anticuerpos. Allí, donde aparte del Dios Inalcanzable, todos son iguales. Allí, donde el más débil puede convertirse en el más poderoso, el más grande en el más pequeño; allí, donde la fiebre amarilla puede ser vencida.

Nunca he llegado a saber con exactitud cómo fue la batalla entre mi abuelo y la fiebre amarilla. A mi abuelo lo ataba el voto de silencio y debía mantener en secreto todo lo ocurrido más allá de la cortina del horizonte. Ni vivo ni muerto podía hablar de ello sin que recayera sobre él la ira de Osáin. Aun así, y asumiendo el rencor de Osáin, mi abuelo, una vez muerto, me habló de esa lucha junto al gran baobab de Dassa-Zoumé —adonde fui a parar en una de mis peregrinaciones, en el periodo más difícil de mi vida—. Ni mi abuelo ni la fiebre amarilla pudieron con el contrario, ninguno pudo vencer al otro.

La fiebre amarilla no tenía prisa, pero mi abuelo debía regresar pronto junto a mi madre. Sin embargo, ya de regreso desde más allá de la cortina del horizonte, pasó un buen rato tendido y completamente agotado por el enfrentamiento.

Concentrado al máximo, redirigió toda su fuerza vital a su cuerpo para moverlo y no dejar que quedara postrado en el suelo, inerte como el de mi madre.

Con ánimos renovados levantó en brazos a mi madre a la que, gracias al antiemético, ya no se le caía aquella baba negra como el alquitrán, y la llevó al ambulatorio dirigido por los franceses, al mismo ambulatorio en el que mi padre, con la carrera recién acabada, hacía sus prácticas.

Aquel año la estación lluviosa había traído más precipitaciones de lo habitual. Por culpa del abundante monzón que no cesaba, el aluvión había inundado todo Cotonú. En el ambulatorio el agua llegaba hasta las rodillas, fluía por los pasillos, por las salas de reconocimiento y hasta por los quirófanos. Mi abuelo estaba con la espalda apoyada contra la pared, sostenía a mi madre en brazos, sumergido en la lenta corriente de las aguas, entonces mi padre se les acercó. Se inclinó hacia ellos para tomarles el pulso y comprobó que apenas eran perceptibles.

Por aquel entonces en Cotonú y alrededores los casos de fiebre amarilla habían aumentado de modo alarmante. Sin embargo, dado que las autoridades de Dahomey eran expertas haciendo malabarismos con los datos —un arte que habían aprendido de los franceses durante la época colonial—, habían logrado que los números quedaran bajo el límite permitido. Oficialmente no hubo un brote epidémico. Nuestro joven y orgulloso Estado pudo respirar con alivio, porque en las décadas anteriores a la independencia, cuando todavía formaba parte del África Occidental Francesa, la fiebre amarilla había sido vencida gracias a las campañas de vacunación masiva, dirigidas precisamente por mi abuelo que, en aquella época, tenía el cargo de vicedirector de Dahomey.